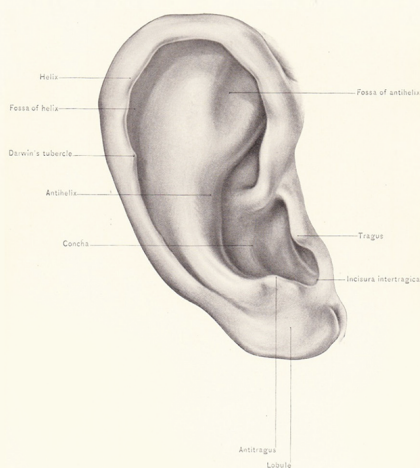




ALGU IENE SCUC HA

Antología del Taller
Deseo y Escritura

Alguien Escucha

Antología del Taller

Deseo y Escritura

Alicia Camposalas

Alberto Báez Munguía

Eliana Zaghis

Ginn Arias Bello

Maira González

Nancy Claudia Rodríguez

María Paola García Gómez

Rosa Guadalupe García y Moreno

Taller impartido por Lauri García Dueñas

México. 2017

Guijarro Negro EstudioAbierto

Prólogo | Corrección de estilo

Lauri García Dueñas

Ilustraciones | Diseño:

Ginn Tonic

Portada | Contraportada:

Alberto Báez Munguía



ALGU
IENE
SCUC
HA

Antología del Taller
Deseo y Escritura

Prólogo

Lauri García Dueñas

Escribir es creer que al otro lado hay alguien que escucha. Es hablar en voz alta para compartir, al menos, con un lector invisible. A veces, ese lector invisible es uno mismo y, entonces, tenemos la oportunidad de escucharnos en medio del escarnio de la vida cotidiana. Expresar, decir, poner en palabras la sustancia intransferible de eso que sentimos al enfrentarnos a lo que algunos llaman realidad. Bregar, remar, compartir la risa, el dolor y el pan.

Acompañar a las personas en la construcción de sus propias escrituras es un honor. Un honor que no busqué conscientemente pero del que gozo ahora. A veces es extenuante, porque editar y leer son procesos donde también se remueve el ser, el dolor y la desazón propias. Sin embargo, participar en la recolección de estas escrituras y colaborar a ponerlas frente a los ojos de usted, lector invisible, es goce.

“Una historia” de Alberto Báez Munguía abre el libro y nos demuestra, con un hondo gesto del oficio, el principio sinécdotico de la vida, todo y todos estamos relacionados, un mantra que resuena ya en varios de los textos de este escritor que a veces dice que es fotógrafo y que cada vez más está construyendo complejos entresijos con su voz inusitada.

La poeta Alicia Camposalas con su “Cómo hubiera sido ser niña” vuelve a demostrarnos la valentía con la

que escribe, su tremenda fuerza expresiva y nos regala versos acuciantes e inquietantes.

Eliana Zaghis profundiza en “Naturaleza Humana” una pregunta que a todos nos concierne y que parece escabullirse en el goce de las frases y en lo hondo. También nos comparte “El cazador” y “El erizo” donde aflora la sombra, lo raro y lo tremendo y la poeta que ella es.

Ginn Arias con “Huesito” y “Estado acuoso” nos transporta con su voz poética porosa, profunda e íntima, a nuestro propio diálogo interno de tantas veces. Su poesía crece, se expande.

“Trinidad” de Maira González introduce, con su voz poética, esa perenne y necesaria pregunta sobre la otredad de los amados.

“Baños unisex” de María Paola García Gómez, recrea con una pluma feroz, detallista y pícara un encuentro/desencuentro, como tantos que nos suceden a estas almas angustiadas que vagamos por las ciudades.

La poeta Nancy Claudia Rodríguez está recreándose en su lirismo, quiere decir y comparte en versos su ser y sus idearios como en “Dios-hombre”.

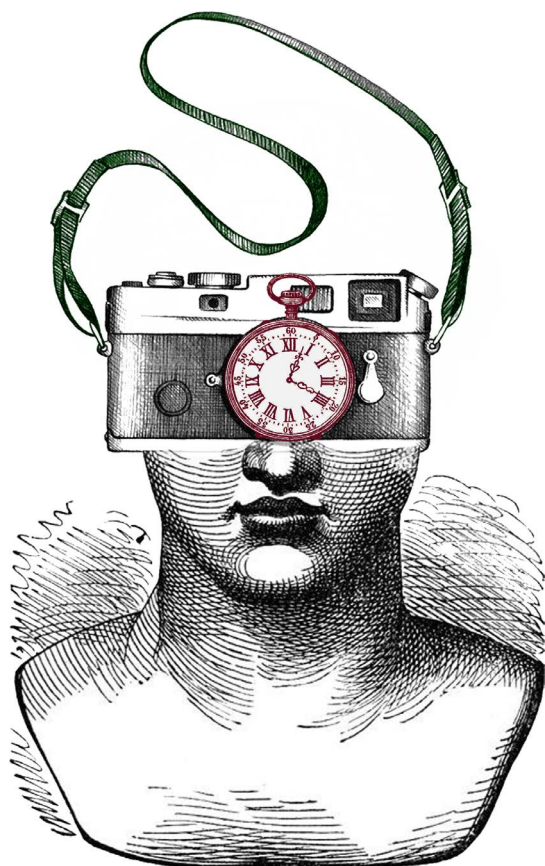
“Cuesta arriba” de la narradora Rosa Guadalupe García y Moreno, con una prosa sencilla y accesible, nos lleva a los lados entrañables de la pérdida y el amor filial.

Pasemos pues los ojos por estas líneas. Compartamos la risa, el dolor, el pan. Porque escribir es creer que a veces alguien escucha.

*Colonia Libertadores, Acapulco de Juárez,
lunes 20 de febrero de 2017.*

Una historia

Alberto Báez Munguía



—Había una vez un fotógrafo que rastreaba objetos como un entomólogo busca insectos. Cuando veía uno que le interesaba, lo fotografiaba. Hacia una foto por cada uno de los frentes del objeto. Por supuesto, uno de esos frentes siempre salía en la sombra.

»El primer objeto que fotografió así, fue un guijarro gris con la forma del dedo gordo del pie. El dueño lo había recogido de una playa en Acapulco. El fotógrafo puso la piedra sobre una mesa de madera, justo en el centro. Con su cámara, lo fue rodeando, el emplazamiento cambiaba pero el ángulo y la altura no. Hizo veinte fotos del guijarro y se dio cuenta de que sólo desde uno de los lados parecía un dedo.

»Tiempo después encontró una fotografía con un portarretratos de madera. En ella aparecía una niña agarrada de la mano de su padre, la niña estaba de espaldas a la cámara. La dueña le platicó que era la única foto que tenía con su padre quien murió cuando todavía era niña.

»—Siempre la tengo guardada porque salgo de espaldas, así que no importa si está a la vista o no —le dijo la dueña.

»El fotógrafo puso el marco sobre una mesa de metal con cuadros rojos y blancos. Después puso la mesa en el centro de la casa e hizo cuatro fotografías de este objeto, porque éste sólo tenía cuatro frentes. El fondo salía borroso porque utilizaba un diafragma abierto.

»Pasó algún tiempo. Un día, el fotógrafo encontró un libro de tapas azul deslavado, estaba deformado, no mucho porque el lomo contuvo con fuerza la forma. La dueña

de este objeto lo recuperó del auto donde murió su padre en un accidente.

»El fotógrafo sólo hizo una imagen del libro. Lo colocó bocabajo sobre la alfombra magenta y emplazó su cámara cenitalmente.

»El último objeto que el fotógrafo logró cazar fue un delantal. Era pequeño, tal vez demasiado pequeño para haber sido usado. El pecho era un cuadrado con una bolsa en el centro y encaje en la orilla. La parte de abajo era un trapecio de sesenta centímetros de altura que también estaba rodeado de encaje blanco, tenía dos bolsas. Era un delantal típico de caricatura. Además era rosa, rosa con blanco, bueno, tenía franjas tímidas de color rosa las que al entrelazarse formaban cuadrados blancos, rosas y rosas más fuerte.

»Colgó el delantal de un foco con dos hilos blancos y utilizó otros dos hilos en la parte de abajo para tensarlo. Hizo dos fotografías, una por adelante y otra por atrás. Cuando vio la espalda del objeto, observó que estaba hecho con retazos cosidos. La mujer que lo conservaba le dijo que ese delantal lo había hecho su abuela ciega.

El pitido de la máquina cambió y distrajo al narrador. Ya se había acostumbrado al sonido pausado y ordenado de la máquina que tenía a su lado izquierdo. Ahora se había intensificado y el ritmo se aceleró. Después de algunos minutos una enfermera corrió la cortina.

—Buenas noches —le dijo al narrador.

—Buenas noches —le contestó éste con una sonrisa desvelada.

La enfermera se acercó a la máquina en la oscuridad. Cambió una de las bolsas que colgaban, picó algunos botones y la máquina regresó a su voz habitual.

—¿Todo bien? ¿Ha observado algo raro?

—No, todo bien. Muchas gracias.

La enfermera salió y cerró la cortina.

El narrador continuó:

—¿Dónde nos quedamos? Ah, sí:

»La mujer del delantal le contó al fotógrafo que su abuela vivió toda su vida en un pueblo que se llama San Lorenzo, cerca de Toluca. Cuando sus padres murieron ella y su hermana se quedaron a vivir ahí. Ninguna de las dos se casó. Vivieron solas. Ellas cultivaban maíz, frijol y calabaza. Vendían parte de la cosecha para vivir pero de ahí también comían.

»La señora recuerda que cuando su abuela y su tía eran adolescentes, y no querían ayudar con el sembradío, se escondían adentro de una cisterna vacía. Su abuela le platicó:

»—Un día, jugando atrás del sembradío, tu tía se tropezó con algo. Era la puerta de una cisterna. Así la encontramos. No era muy profunda, apenas cabíamos paradas y casi no nos podíamos mover, pero era el mejor lugar para escondernos de nuestros padres y también de la luz. Cuando cerrábamos la puerta, la cisterna quedaba muy oscura. No sé por qué, pero cuando entraba ahí tenía que cerrar los ojos para poder estar, incluso los apretaba fuerte. Tu tía me decía que después de estar un rato ahí como que los ojos se acostumbraban y podías ver algo. No lo supe porque nunca abrí mis ojos ahí adentro.

»—Yo hacía lo mismo. Cuando estudié mi carrera, y entrábamos a imprimir o revelar al cuarto oscuro, siempre cerraba los ojos para poder moverme adentro. Me tranquilizaba pensar que yo controlaba la oscuridad pero

también me daba miedo de que se me escapara la luz —le dijo el fotógrafo a la señora del delantal.

»La abuela quedó ciega muy joven. Sin embargo, se movía como si la luz viajara adentro de sus ojos. Todos los fines de semana, sus padres y tres hermanos menores, le dijo la señora del delantal al fotógrafo, iban a visitar a la abuela ciega. Recuerda que les daba su domingo y nunca se equivocó en la cantidad, contaba el dinero sintiendo los bordes de las monedas.

»La señora creía que la luz de San Lorenzo era diferente. Por eso su abuela podía ver. La culpa era de la luna.

»—Me acuerdo que a mi hermano, el que me sigue, le daba mucho miedo la oscuridad. Cuando tenía ganas de orinar me despertaba. El baño estaba afuera de la casa de mis abuelas, a un lado del sembradío. Salíamos sin ninguna lámpara, podíamos ver sin luz, tal vez era la luna. En ese momento, en San Lorenzo no había electricidad. Cuando volteaba hacia el cielo, la noche estaba invadida de puntitos brillantes, todos encimados, todos parecían avanzar hacía mí.

El narrador se detiene un poco en este momento, porque no sabe cómo describir el cielo nocturno lleno de estrellas de un lugar donde no hay luz eléctrica. Nunca ha visto uno. Las únicas referencias que tiene en su cabeza para imaginar un cielo estrellado son tres: 1) Fotografías de cielos de noche; 2) Una pintura que acaba de ver, que es un cuadro negro sobre un fondo un poco menos negro y 3) Los planetarios. Por eso, la descripción que hace del cielo se la ha robado a un fotógrafo que le describió uno del pueblo donde creció.

El único cielo nocturno que conoce el narrador es lo que está viendo en ese momento desde la ventana del sexto piso. Donde lo que brilla está en el suelo.

Parpadea a la mitad, porque no abre los ojos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho minutos pasan y abre los ojos, agita la cabeza para despertar y la ve sacándose la sonda nasogástrica con los ojos abiertos. Se levanta y corre en silencio por una enfermera.

—No hubo ninguna complicación. La sonda estaba vacía, de hecho mañana la iban a retirar. Lo único que hubiera podido pasar es que se hiciera daño ella misma, pero no fue así, por fortuna —le dijo el médico de guardia.

—Gracias doctor, sólo cabeceé...

—No te preocupes. No pasó nada.

El narrador regresa al cuarto y cierra la cortina. Ni la silla me impidió quedarme dormido, piensa. Era una silla igual de incómoda a las que hay en las cocinas económicas. No sabe qué hora es porque no ha querido ver su celular ni su reloj.

Ya no se quedará dormido.

Se sienta y vuelve a ver el paisaje desde el sexto piso y continúa:

—La señora del delantal le contó al fotógrafo que la última vez que fue a San Lorenzo ya era adulta, su tía y abuela habían muerto, además el pueblo tenía electricidad. Después de esa ocasión, no regresaría.

»—Esa última vez que fui a San Lorenzo, recordé cuando era niña y se hacía de noche en el pueblo. Prendíamos velas, de esas blancas y largas. Me acuerdo de un candelabro pequeño hecho de latón que, en una de sus esquinas, tenía una agarradera para meter el dedo índice, ése era el que

más me gustaba. Era de color amarillo. Lo llevaba a todas partes. En la casa de mi abuela, había una pared grande que estaba vacía, era de cemento y no tenía pintura. Ponía mi vela sobre una mesa cercana y me colocaba entre la vela y la pared para que se proyectara mi sombra sobre el muro, porque me gustaba jugar con ella. Jugaba a hacerla grande, me seguía y luego yo la seguía a ella. Podía estar así mucho tiempo. Incluso, hablaba con ella, no me acuerdo si respondía.

»—Y, ¿qué le platicaba a su sombra? —le pregunta el fotógrafo.

»—Ya no me acuerdo. Pero en una ocasión cuando estaba jugando con ella, recuerdo que mi abuela se sentó cerca de mí. Me acerqué más y fundí mi sombra con la suya. Parecía que mi abuela hablaba todo el tiempo con la oscuridad. Empezó a sacar de una caja de madera retazos de tela cuadriculada, que serían del delantal. Yo, en ese momento, no sabía que lo estaba haciendo, sólo le acerqué la vela. Ahora que lo pienso, me da risa porque ella no necesitaba luz. Ensartó el hilo blanco en la aguja y comenzó a unir los pedazos de tela. Los movimientos que hacía con las manos se me quedaron grabados, eran precisos, bellos. Como si su sombra la guiara. Creo que esa noche terminó el delantal y yo la observé todo el tiempo, no sé si se dio cuenta de que estuve ahí. En algún momento, dijo: “Hasta el recuerdo se debe volver ruina”. Cuando murió lo primero que hice fue buscar ese delantal.

La señora le mencionó al fotógrafo que ella nunca usó el delantal, que nadie de su familia lo conocía y que nunca había contado esta historia.

En este momento, el narrador se vuelve a detener. No sabe cuándo terminar una historia. Duda y decisión, piensa. Podría hablar sobre la vida de la señora del delantal, qué sucedió con ella después de que platicó con el fotógrafo. También podría narrar cómo murió la abuela. Incluso describir cómo era la tía. Relatar la relación entre los hermanos y los padres con la señora del delantal. O decir por qué la señora contó sólo una vez esta historia.

Un ruido. La sábana. El narrador voltea hacia la cama. Ve que su madre ya tiene su brazo izquierdo afuera. Ahora saca el derecho. Tiene los ojos cerrados.

El narrador ve la oscuridad. Su mirada ya se ha acostumbrado a ella, lleva mucho tiempo adentro.

Su madre levanta el brazo izquierdo y con la otra mano remanga la tela blanca, como cuando alguien voltea un pantalón. Lo hace. Toma la tela con sus dos manos y la desliza sobre su torso que es la mesa de una máquina de coser. Su mano derecha suelta la tela y toma las tijeras, corta el hilo. Las suelta. Hace un dobladillo, baja el pie de la máquina con la mano izquierda y vuelve a deslizar la tela por debajo de él. Sus movimientos hacen revolotear la sombra, son precisos, bellos. Súbitamente, se detienen.

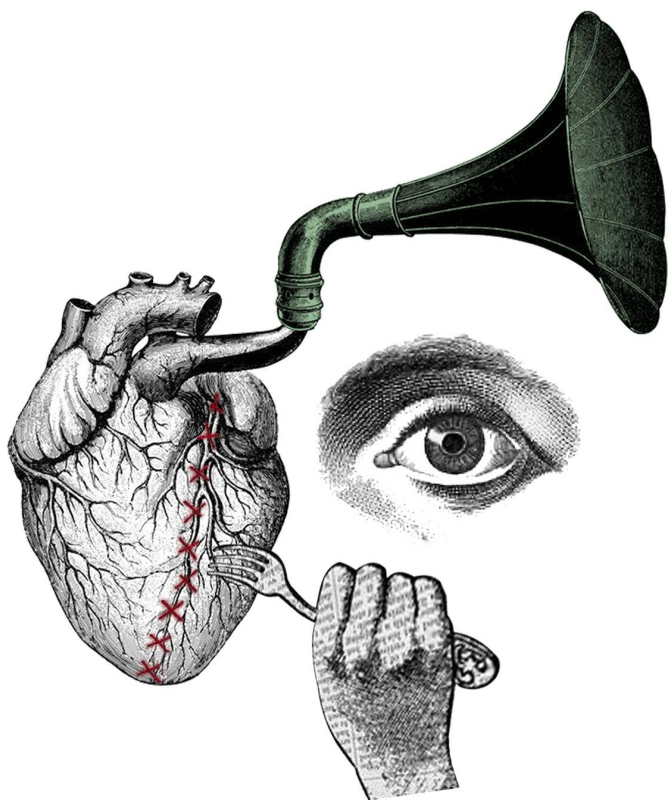
El narrador reconoce todos esos movimientos porque los ha visto. A veces, deja de creer en las palabras, a pesar de eso dice:

—El fotógrafo decidirá no imprimir las fotos del delantal ni contar la historia de la señora.



Cómo hubiera sido ser niña

Alicia Camposalas



Tener pudor
perseguir animales
mecerme en un columpio
y no en mi tío.

Desear ponerme moños
un vestido lindo
como mis primas
en vez de esconder
cualquier cosa en mí
atractiva a un hombre.

Cómo hubiera sido
si me percibieran
con un padre.

Si en lugar de esa vez
que un señor me dijo
mira tengo un conejo
hubiera salido un conejo.

Cómo hubiera sido esa supuesta
primera vez
sin tener que decir antes
hay algo que debo contarte.

En vez de callar
hacer preguntas como
¿de qué están hechas las estrellas?
¿adónde iremos de vacaciones?

¡Cómo hubiera sido tener miedo
de un castigo
de un fantasma
y no de unas manos!



Naturaleza Humana

Eliana Zaghis



La pregunta cae y se hunde en una lentitud de mar profundo. Vuelvo a insistir ¿quién soy ahora? Continúa en descenso, y mientras se aleja, la oscuridad y el frío la tragan hasta desaparecerla. Se va en un viaje solitario, perdiéndose en un espesor sin oxígeno.

¿No hay una respuesta que la salve?

No. No hay una respuesta.

Los días pasan, pienso en ella mientras recorro en bicicleta, kilómetros de normalidad. La naturaleza personal incide sobre la sensación de uno. Soy real, puedo asegurarlo. Sin embargo, ¿soy capaz de reconocer, fuera de mí, el olor de mi aliento al despertarme?

Sé que fui el árbol talado en medio del bosque, la lava detenida dentro de un volcán activo, la confusión excesiva de la selva, la piedra dudosa en el precipicio, pero en algún momento mezclé las geografías y sólo me queda el océano como lugar seguro. El océano es todo océano.

<Quién eres, extranjera de mí.>

Finalmente, la espera se convierte en tedio y la pregunta lanza su anzuelo, me jala hacia ella, empiezo a seguirla, voy hundiéndome lenta y silenciosa hasta al fondo.

Encontrarme con quien soy se ha vuelto una obsesión, la atracción es inevitable, avanzar o retroceder tiene el mismo peso, pero una obsesión es lo que es, y por lo mismo, niega el retorno. El ambiente líquido y la presión de no pertenecer allí, entumecen los sentidos, a unos metros veo una forma, la pregunta se ha convertido en una de esas

criaturas de las profundidades, me observa con severidad, le debo algo definitivo, soy yo quien la dejo caer en este lugar, me mide y me siento amenazada.

Al fin, adivina que estoy vacía, busco desesperadamente y cuando todo decanta y comienzo a entender, abre su boca, dientes afilados y me traga, desconociéndome.

El cazador

Tienen hambre,
por eso él dibuja,
hoy esbozará un conejo para el almuerzo.
Imagina la pradera, la dibuja,
luego, como si estuviera lejos, una mancha
con forma de conejo,
Después se dibuja a sí mismo con una escopeta,
se prepara para cazarlo.

Él no tiene una escopeta, tampoco es cazador
Por eso se dibuja,
para existir como posible.
Se esconde, apunta al conejo
y dispara.

Exacto, así lo quería.
Lo busca y lo lleva a su casa.
Su mujer le quita la piel
Lo vacía, lo deja desangrarse,
después de unas horas lo mete en la olla.
Ella se pregunta en silencio si no sería más práctico
que su marido delineara algo simple.

Pero él se adelanta y la ilustra guisando contenta.
De todos modos,
cocinará cualquier garabato que le traiga,
y le pide que trace zanahorias frescas,
cebollas y vegetales para darle sabor.

Cuando está listo la mujer lo anuncia en voz alta,
los hijos se sientan a la mesa y
mientras comen lo que les sirve,
se llenan la panza con la historia del conejo
que su padre imaginó.

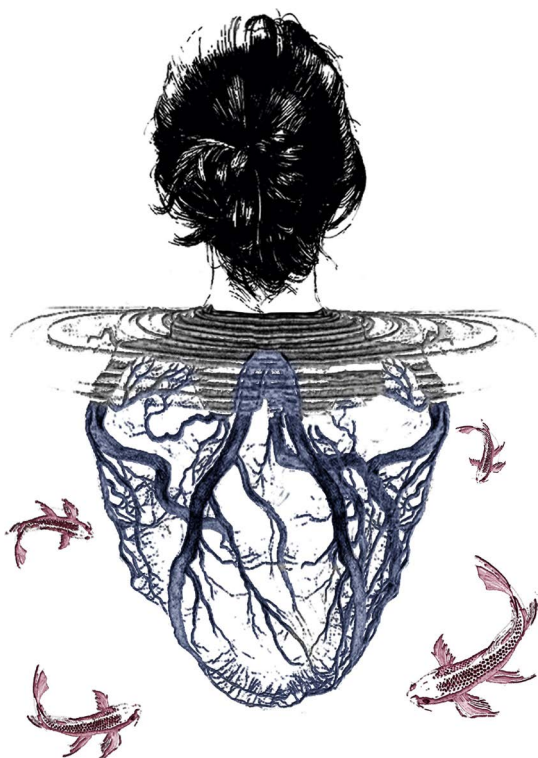
Erizo

He acariciado al erizo para saber
como es la piel de los que tienen miedo.
Punzante, duro y sin temperatura,
no se inmutaba, no sentía nada.
Su actitud me trastornó
y con un palo lo obligué a hacerse bola,
a encerrarse entre sus espinas,
a admitirse amenazado,
a deshacer su forma animal,
me sentí satisfecha,
en ese estado geométrico
ya no podía amarlo.



Huesito

Ginn Arias Bello



Encuentro inútil que bajes la ventanilla. El aire caliente te invadirá, invadirá tus pies y querrás sacarte los zapatos porque tus plantas y la suela se fundirán como una sola cosa; tus piernas sentirán la incomodidad de la mezclilla que estará pegada a ellas y hará que la desesperación asfixiante de esa atmósfera pesada suba por los muslos y más allá de ellos.

Pero ya no es algo que imagines. Lo sabes porque tu ropa se empieza a humedecer y te contoneas un poco, a ver si de esa forma puedes airear tus zonas. Cosa inútil. El calor del ambiente te invade y domina, con voracidad, la parte interior de los brazos; justo ahí donde se hacen los pliegues; y lo tratas de mitigar con un soplo. El alivio es algo menos que momentáneo, menor de lo que dicen los físicos o filósofos que dura el presente.

Tres segundos. Hace tres segundos tenías menos calor.

El bochorno empieza a punzar sobre el cuello, baja, o sube, por el pecho y repta indecentemente hacia el plexo sacro que comienza a perlarse de sudor. Deseas subir los brazos, pero recuerdas que tu playera es de “mangas mochas” y que tus axilas no fueron visitadas hoy por la depiladora. Pensar en aquella espesura negra que empieza a pintar esa zona, aumenta varios grados la temperatura corporal y sientes cómo una gota empieza a deslizarse desde la base del cabello para alcanzar el *huesito* que se encuentra detrás de la oreja izquierda. Lo tocas con el dedo índice. Piensas: *huesito*. La palabra te remite a un época en la que eras feliz. Se te dibuja una sonrisa porque recuerdas exactamente el gesto de la única persona que deseas que un día vuelva a decirla. Sonríes tres segundos.

Eso es el presente.

Un pinchazo nervioso se acumula desde el centro del cuerpo y sube hasta los puntos claves del torso. Te eriza la piel y cierto cosquilleo hace que desees cruzar las piernas. Resistes.

La sensación desaparece, puedes sentir la exhalación accidental de alguien sobre tu cuello. Despiertas. Y de nuevo piensas en la palabra *huesito*.

Ahora la imagen mental te hace ver un vaso desechable que dibuja una cortina sutil de olores - y vapores-, de los esquites con patitas de pollo, que son vendidos en una esquina de tantas que circundan el centro. No sabes de dónde viene exactamente esa idea, pero la imagen actual se complementa con la de un señor con una gran bola como estómago y camisa desabrochada que atiende la venta de los esquites con patas de pollo.

¡Qué falta de imaginación! Te has hecho un cliché. En realidad no lo entiendes. Reflexionas. ¿Cliché? Usas esa palabra pero ni siquiera sabes a qué se refiere. Según recuerdas, es lo que se espera que suceda, algo que se usa de manera común y corriente, más corriente que común tal vez. Sonríes a medias. Corriente. Recuerdas que eso es algo vulgar o que lo vulgar es hermano de lo corriente, aunque no son sinónimos, quizás en tu mente, ambas pueden aplicarse para cosas y personas que no poseen nada especial, que son bastante normales, es decir comunes y corrientes. Son los casos fuera de lo extraordinario, te comentas. Lo ordinario es compañero de lo feo y lo feo es primo de lo raro.

¡Dios, bájale al termostato! Esa es una expresión más común que corriente. Disientes. Antes era rara. Con estas temperaturas, la frase resulta un tipo de cliché.

Los clichés son denominaciones, actos o escenas usadas vulgarmente. Soy un cliché, te dices. Dudas. A lo mejor, piensas, soy vulgar y corriente, alguien bastante común.

Parloteas mentalmente. Me gustan los esquites sin las patas de pollo, porque esas partes son vulgares y corrientes, y en estos tiempos, muy comunes. Este es un país raro. Tal vez no tanto.

Probablemente, en otra época, las patas de pollo eran el *delicatessen* de la realeza. A lo mejor no. Quizás fueron comida de pobres o se las echaban crudas a los perros.

A los perros les gusta masticar los huesos, sean de pollo, de res o de cerdo.

Los huesos que forman el cuerpo humano son más de doscientos.

Un cuerpo. Tus huesos. *Huesito*.

Tres segundos. El presente. El momento.

Sostienes la pierna derecha. Aferras las manos al tablero del auto suavemente. Mantienes los ojos cerrados.

A lo lejos, escuchas un golpe pequeño en la ventanilla.

Una voz, una pregunta: “¿Hemos llegado?”, dices para tus adentros. “Sí, he llegado”, respondes.

Estado acuoso

Mantenía las piernas cruzadas.

Ahí guardaba el miedo.

Pensaba que la podían oler a la distancia, y por eso,
evitaba balancear sus caderas,
para disimular que el miedo penetraba su entrepierna.
Para disimular la humedad de su plexo,
de su nada.

En su cuello,

se erguían las palabras que,

sin ser pronunciadas,

le reservaban un futuro velado de placeres.

Podía oler el vaho del aliento a cal y cigarro
que le habían heredado:

un mar de ardores que cicatrizaban su pudor
y la llenaban de una pus cristalina

que se intercala con las respiraciones alteradas.

El hilo blanquecino destilaba colores que,

hasta ese momento,

le eran desconocidos y,

en su mirada,

se desenvainó la profundidad de aquel miedo,

al que sucumbió tres veces continuas.

¿Qué era eso tan desconocido que le vaciaba y
en lo cual también renacía?
¿Qué era ese polvillo acuoso que surcaba sus sienes
con perlas sudorosas?

Verse disminuida en dichas escenas
la horrorizaba pero también la atraía,
un veneno la orillaba a escurrirse varias veces
en las horas nocturnas, en terremotos inmóviles,
en los cuales,
una parte de sus escamas viejas
se mezclaban y,
al mismo tiempo,
se diluían.

Los cuchicheos del reloj anunciaron
el grado máximo de las fiebres mudas
que crecían como tormentas,
dejaban vidrios alrededor y
obstaculizaban el abrazo sombrío de alguien,
que baila como un zombi al amparo de sus faldas.

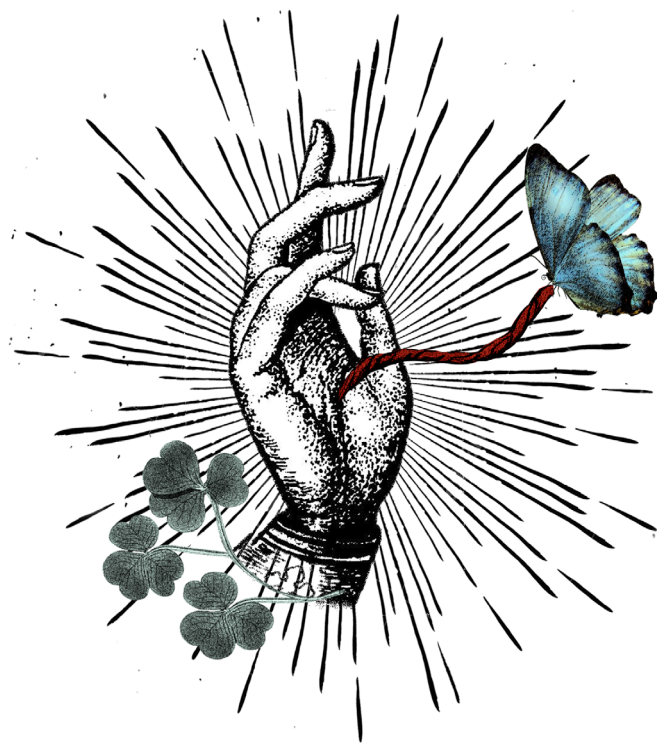
Y supo que nunca podría llegar al fondo,
que todo se amplifica
cuando sube la marea de su sangre
durante las horas nocturnas.

Con el primer parpadeo matutino,
el cansancio circundaba sus ojos.
No tenía forma de explicar el porqué todas las mañanas,
al sentarse en su lugar
mantenía las piernas cruzadas durante todo el día.



Trinidad

Maira González



En medio. En medio de dos puntos.
El de en medio. A la mitad.
Yo: el intermedio.

Soy, entre las puntas,
inicio y fin
de una madeja.

Estoy ahí. En el mero centro.
Desconociéndolo todo.
En territorio ajeno, sembrada a medias.

Mías, como este par de manos, cosidas a Otro.
Uno que no sabe qué hacer con ellas.

Esta sangre que no es otra sino la mía propia,
tan impalpable:
roja, tibia y burbujeante.
Y aun así: absolutamente irreconocible.
Tan en otros cuerpos que no son míos.
Cuerpo del cual emano yo y otro, al que he dado vida.

Esta sangre que no es otra sino la mía propia,
en otras venas:
rutas de un país extranjero.
Turbada en mi piel, ignorante de sus propias fronteras
Somos tres.
Un cielo coagulado de triángulos.
La humanísima trinidad.
Los tres gajos de una trenza.
¿Quiénes son estas mujeres sino alborada y ocaso?

¿Quiénes esas desconocidas?
La génesis, la explicación, la ruptura.
El devenir, lo acaecido, mi semilla:
La que no quiero que sea yo.

La humanísima trinidad.

Un mundo concebido como lienzo por estrenar
Obra inconclusa: mundo inacabado
de ilusiones amortajadas,
e ídolos cercenados.
Ese mundo en el que ella vivió.

¿Fue real alguna vez?
¿O todos los libros de historia mienten?

Esos mundos intemperies, volando en autopistas
paralelas al Sol.

Esos mundos que tanto prometen, que yo no viviré
pero que ella recorrerá
¿Existen ya en algún lugar?

Tres. Tres puntos que se hilvanan.

Toda ella cimentada de medida y cordura.
Yo, mujer de fuegos apagados y rota al fin.
¿Pero ella cómo será?



Baños Unisex

María Paola García Gómez



A Jorge Aurelio, mi papá

Viniste a mi mente, de inmediato. La gran pérdida de mi adultez, si es que alguna vez me acerqué a poseerte, es un hecho que trato de trivializar y menospreciar a cinco años de esa noche. Fuiste la experiencia más audaz que he tenido en la última década, quizá producto de mi continua adolescencia: mujer treintañera seducida no por un mozo caradura, sino por un güey que se siente la quintaesencia filosófica que, según él, México se merece.

El lugar y el contexto pierden vigencia con el recuerdo deslavado por la vergüenza, protectora de la falta de autoeficacia y de la obsesión a buscarle sentido al aferre de lo imposible.

Te vi de reojo, al principio, como quien ignora la silueta que de facto considera inalcanzable, un tanto por las malas experiencias, otras, porque no quieres ver lo que te da mala espina. Me senté en segunda fila porque me siento a gusto cuando estoy cerca de lo desconocido y creo que ignoro muchas cosas de la literatura.

Te escuché hablar sobre la importancia de escribir de tal manera, de una que nos olvidemos si el texto fue creado por un autor desconocido o uno galardonado.

Y, francamente, diste unos ejemplos muy buenos, tanto que sí me creí que podía ser una *grupi* de los libros (leo porque la televisión y mi vida social me aburren, no porque ame los libros); citabas metáforas y alegorías intensas sobre esa idea y me caíste bien: diste la nota

discordante al reconocer que Faulker no era tu máximo en la vida y dijiste que hasta que leíste su biografía te pareció un tipo simpático.

Me impresionó tu porte de lumbersexual, con coloridos tatuajes en tus brazos masculinos, tu barba de candado, tu boca de pequeño y rosado corazón.

Todo iba leve hasta que dejaste de exponer y tuviste tiempo para ligarme sin prudencia.

Trastabillé: me comporté como mi alter ego, desprovista de pudor y prudencia, como si la zorra que había dejado dormida naciera con cada guiño. No platicamos esa tarde, pero nos compartimos usuarios de redes sociales y después de tu ida a la isla preferida por el turismo sexual, convenimos citarnos en un café del centro histórico. Debí darte carpetazo desde esa vez: lograste hacerme sentir como una succulenta secándose.

Pese a que llegaste tarde a esa cita, desaliñado y que notaste mi desilusión (en mejores prendas y actitudes te había observado todas las noches en tu Facebook), no reprimiste tus intenciones: ibas a una primera entrevista, a una que descartaría si estabas frente a una curiosa e inexperta o frente a una mujer de colmillos largos.

Pero fue tanta mi devoción por tu imagen virtual, que ignoré la señal principal: casi al final de la cita, presumiste que estabas por iniciar la producción de un filme pornográfico y andabas en la búsqueda de una modelo para tu ópera prima.

Con mi diálogo interno en *off* sólo atiné a rendirme a mi curiosidad: te pregunté cómo encontrabas a las candidatas

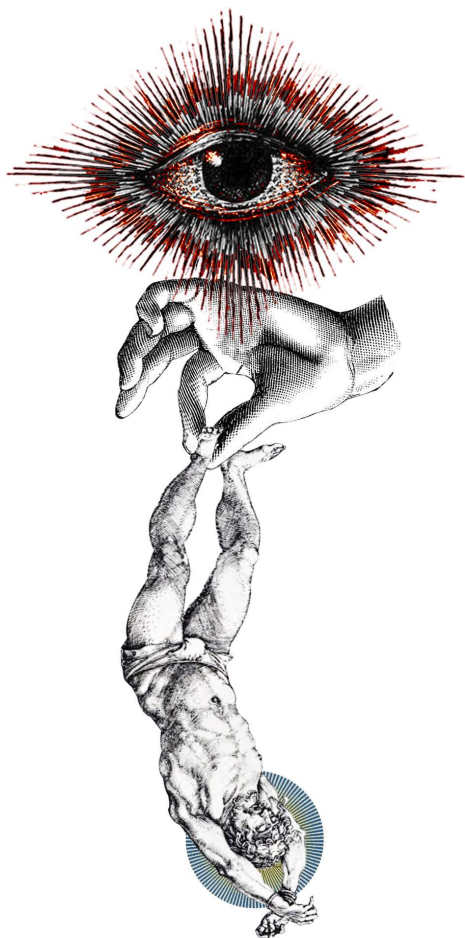
y te recargaste plácidamente sobre el respaldo de la silla, fumaste mientras sonreías y me dijiste: “En cualquier lugar se puede, guapa”.

Ha pasado el tiempo y a la distancia, me mudé a Cuernavaca hace dos meses, sólo estalkeo tu cuenta cuando me siento aburrida en las bancas frente al kiosko del centro o esperando la perfecta cocción de mis alimentos de cada día. No fui la modelo, pero sí un fetiche encarnado: soy el recuerdo de tu sonrisa de idiota, vencido tras venirme en mi boca, con la luz de neón coronándote en los baños unisex de aquel bar fino.



Dios-hombre

Nancy Claudia Rodríguez Pérez



El Dios ata al hombre
con preguntas
paridas por el abismo.

Hombre exiguo
no se puede responder a solas
necesita del eco perenne
una voz que lo ampare
de su corporeidad ínfima
para sentirse
a salvo de sí mismo.

La cultura despierta al dios
y el humano se deslumbra:
la presencia divina vacía.

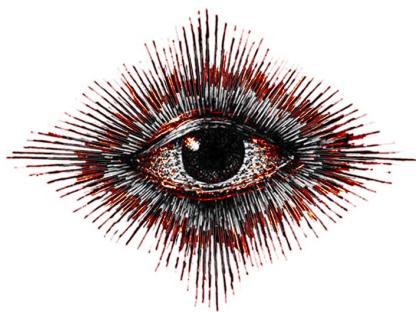
El error del hombre se arraiga en
depositarse, completo.
La culpa saja su deseo
por la enfermedad: la palabra.

No.

Hombre paralítico
renunciando a ti.

El error no está en dios,
en su existencia.

La errata anida en la idea de totalidad
dejar de caminar: ofrecer las piernas
renunciar al deseo.



Cuesta arriba

Rosa Guadalupe García y Moreno



*Mamita en mi mente llevo perpetuada la alegría de tu rostro
que refleja alegría y emoción cuando me recibes.*

El aire desprende con furia las hojas secas de los árboles que, bailando en remolino, se alejan, una a una, con una fuerza violenta que las empuja al cielo; en tanto yo, plantada, anclada en la tierra, quisiera volar, que el viento me arrancara igual que a las hojas y, en serpenteantes y bruscos movimientos, me llevará a ti y pudiera sentir tu calor, aunque fuese tan sólo unos segundos más.

Pero mi cuerpo, pesado, plagado de estructuras óseas, músculos y agua, impide que, al igual que las hojas, me sumerja en ese remolino ondulante y me quedo estática, solo siento el aire mezclado con gotas de lluvia gira a mí alrededor, salpica mi ropa y humedece mi cuerpo tembloroso.

Al poder caminar, mis pasos me conducen a un lugar seguro, mi habitación que, con grandes libreros atestados de libros, me habla de mi trabajo en los últimos años, observo mi escritorio y me da pereza encender la computadora, de un entrepaño tomo *Las vocales malditas*, un volumen que debo repasar para mis clases de Doblaje y empiezo a leer, pero me resulta intrascendente y lo abandono, me pongo la pijama, me lavo cara y dientes y voy a la cama, entre las sábanas jugueteó un rato con el iPad y después de una hora lo apago y cierro los ojos.

El cansancio o la tristeza me hacen dormir y, en sueños, aparecen mis hermanos quienes cuidan a un bebe, quizá es Elías mi sobrino recién nacido que aún no conozco, en otra escena, me veo con un ex novio que por alguna causa que no me explicó siempre está al pendiente de mí. ¿Qué

hacemos? Saltamos a un mismo ritmo, a un mismo compás en uno de esos aparatos que usan los gimnastas y que yo disfruté cuando era niña.

En ese instante, brincamos tan alto que casi volamos, puedo sentir su cuerpo rozando el mío, de repente, un sonido extraño llega a mis oídos y me despierta de manera abrupta y me arranca de ese sueño, aprieto los ojos y sigo escuchando el ruido, pero no identifico de dónde proviene, lo que sí reconozco es esa punzada que oprime mi corazón y que me lastima desde hace unos meses.

Con desgano, abro los ojos y lo primero que mis pupilas captan es su fotografía y el dolor se hace más patente. Veo el reloj y no me quiero levantar y en mis oídos resuena la voz de mi madre, quien en mi infancia cuando pensaba que estaba dormida le decía a mi hermana “no hagas ruido, la niña está dormida, después se asusta y le duele la cabeza.” Si bien a la “niña” ahora no le duele la cabeza, sí puedo externar que hoy tiene el alma apesadumbrada.

No deseo pensar más, me incorporo y me voy a la regadera, siento como el agua tibia le brinda un calor a mi cuerpo que destensa los músculos, pero la desazón continúa. Termino de bañarme, me envuelvo en una bata de baño y recojo mis desordenados rizos en una toalla, después me planto ante el espejo, ese vehículo mental que produce la autocontemplación, observo que mi rostro posee un rictus de dolor que, en la soledad, frente al escrutinio de esa pulimentada superficie de cristal no quiero ni deseo ocultar. Mis ojos no tienen brillo, más bien se ven un tanto rojizos, quizá por esas lágrimas contenidas pero no puedo llorar.

De manera automática, me quito la bata de baño y empiezo a untar crema en todo el cuerpo, el simple contacto con el líquido blanco me hace temblar y una vez que mi piel la absorbe empiezo a vestirme, en otro tiempo hubiera tardado minutos en escoger qué atuendo me pondría, pero ahora no tengo opción, mi ropa de colores vivos que ocupa la mayor parte del clóset está guardada, vedada, parece que no existe. Por ahora sólo visto de negro. El paso que sigue es cubrir la desolación de mi rostro, añado brush a mis mejillas, rímel en los ojos y un lipstick de color rosa, finalmente, suelto mi pelo y una gruesa cortina cae sobre mis hombros, no me ocupo en peinarlo, porque refleja ese espíritu libre que siempre me ha habitado. Me calzo los zapatos y salgo de mi habitación.

Una vez fuera, la melancolía se acentúa y es que su presencia llenaba hasta el mínimo rincón de la casa, la que en otrora era un espacio luminoso y lleno de su música, se ha convertido en un sitio sombrío, apagado, triste, en el que sólo se respira soledad. Todos sin decirlo buscamos su presencia y, aunque ninguno lo externe y a pesar de que suene trillada la frase “parecemos perritos sin dueño”, la añoranza es tanta que nos aguijonea las entrañas y nos aniquila poco a poco.

Deambulo por la amplia estancia y no me explico por qué poseemos una casa tan grande y, a través de la puerta que conduce al jardín, aprecio el típico sol de invierno, pero ni ese consigue brindarme calor, vuelvo la mirada hacía el otro extremo y observo un vitral que en triángulos multicolores filtra la luz y pienso que a veces quisiera ser como esa luz que desaparece después de pocas horas, pero

no es posible. Regreso por mi bolsa, me pongo perfume y me decido a salir, como la casa está vacía, no tengo que avisarle a nadie que voy al trabajo, extraño esa bendición que recibía todos los días aunque, como ella lo dijo, me la dio por adelantado y siempre me acompaña.

Cierro la puerta y, una vez más, me enfrento al mundo y, al igual que cuando dibujó una sonrisa en el rostro del modelo al que pinto, tomo un pincel imaginario y esbozo una sonrisa en el mío y, de esta forma, vuelvo a empezar, como lo intento día a día, en nombre de ese ser luminoso que me otorgó Dios o la vida. Sin prisa, me subo al auto, lo enciendo y me enfilo cuesta arriba, de manera simbólica, pienso que este ascenso representa una similitud con mi vida.

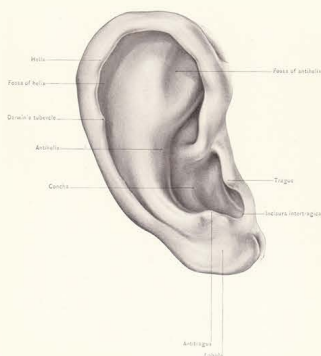


Alguien Escucha

Antología del Taller

Deseo y Escritura

Ciudad de México | 2017



escuchar (del lat. *scribĕre*)

1 tr. o abs. *Representar sonidos o expresiones con signos dibujados.

*